

Haciendo de la rotura una apertura

Núria Beitia Hernández
Barcelona

OTOÑO DE 2012

EMPEZARÉ POR ORDENAR

El insomnio me regala tiempo. Mis manos y el resto de mi cuerpo aún no responden a la llamada, pero mi pensamiento persiste en el intento de entender el vislumbre de luz con el que he sido despertada antes del alba.

De pronto, un montón de ideas se agolpan en y ante mí y enseguida me siento habitada por el ansia. Es un torbellino interior ya conocido, aunque no por ello menos incómodo, que tiene que ver con la vertiginosidad con la que me siento traspasada por el tiempo, con la violencia con la que soy convocada a vivir.

Y así es como, a menudo, me encuentro: agitada al amanecer y desparramada a lo largo de todo el día.

Me percibo defragmentada, como si me resquebrajase, me vivo cual abertura crujiente sin saber, aún, si soy cuerpo abierto por una herida, por un tirón, o cuerpo abriéndose a un nuevo nacimiento. Quizá lo que me pasa es que estoy siendo, a la vez, cuerpo roto y cuerpo que se abre para dar a luz, partiéndose para dejar, de este modo, partir —marchando y naciendo— algo de sí.

La duda y la esperanza se balancean en mi interior cuando intento descubrir de qué se trata: ¿será éste un nacimiento nuevo de mí misma: el acompasado seguir naciendo del que nos habla María Zambrano? No sé si es el nacimiento de mí como testigo del nacimiento de un mundo nuevo o si lo que quiere ser nacido es un deseo grande de encarnar una manera nueva de habitar en este mundo.

Hoy el insomnio también me ha regalado fuerzas para levantarme y me siento obligada a tener que hacer algo, ¿pero qué? No es sólo entretener estas horas hasta que sea el momento de cuidar de la vida y de las cosas de la vida, eso que es, a la vez, cotidiano y aparentemente casi nimio, pero lo más importante de todo.

Esta madrugada me pongo a indagar sobre eso que tiene que ser hecho por mí, o por lo menos me pongo en el intento de descubrirlo.

Escribo, medito, pienso en lo precioso que resulta encontrar palabras para lo que siento y descubro, para lo que vivo: encontrar o dar significado y comprensión a los nudos, a los desencuentros. También nombrar los deseos y enunciar la llamada de mi alma.

Estoy cansada. Vuelvo a la cama. Pero amanece y sigo sin poder dormir.

La excitación me acompaña y leo para calmarme. También leo para encontrarme y para encontrar las palabras para decirme.

Me acompaña Carmen Martín Gaité que, en su *La Reina de las Nieves* me regala una comprensión de algo que hace días que me rondaba. La sonrisa se acuna en mi rostro y en mi corazón cuando se me aparece, con la claridad de los hallazgos, el sentido de una de esas imágenes que se me presentan, de forma insistente, desde hace un tiempo. El fragmento de la autora me ilumina al decir que, en guaraní, la palabra nacer significa “dejar caer”.

Sí, eso es: dejar caer.

Sí, paladeo de nuevo el significado de esa palabra en lengua guaraní: nacer es dejar caer.

Llevo tiempo viéndome así.

Se trata de una imagen que me resulta extraña y consoladora a la vez.

Estoy inclinada y con los brazos extendidos hacia abajo, dejando algo en el suelo. Lo que dejo, aunque no tiene apariencia visible,

es algo grande y pesado y ha sido soportado y sostenido durante demasiado tiempo como para no conocer, o eludir, su existencia.

Es el peso de aguantar un mundo que no va.

Hay en mí un gran deseo de calma y de cambio. Y un liberador pero tranquilo grito interno que acompaña mi gesto: ¡Así no!

En esa imagen conocida me veo, más que dejando, depositando suavemente un peso delicado. Es un movimiento que parece el reverso del que hacen las comadronas que acompañan a dar a luz.

En lengua catalana, a las comadronas se las llama “llevadoras”. El nombre se originó, quizás, en el tiempo en el que las mujeres parían en casas, en unas sillas especiales de parto. Se trata de sillas muy bajitas que permitían a la parturienta estar en cuclillas sin que se les cansasen las piernas. De esta forma, el cuerpo y el útero se abrían y se permitía que la ley de la gravedad acompañase el trabajo del parto sin que la madre tuviese que aguantar el peso de su propio cuerpo. La “llevadora”, colocada delante de la madre, acompañaba y esperaba el nacimiento y, una vez dada a luz, recogía a la criatura que acababa de nacer a ras de suelo.

Y desde allí, desde el suelo, desde el lugar por el que pisamos para desplazarnos, se encargaba de “llevar” a la criatura arriba. La “llevadora” se cuidaba de alzar la nueva vida —el verbo “llevar”, en catalán, significa alzar— a los brazos y al pezón de la madre, en un movimiento que da lugar, también, al camino hacia el mundo y hacia Dios.

Y, en la visión de mí misma en esa imagen repetida, dejo caer de una forma peculiar: no sólo como lo contrario de coger, sino como haciendo un movimiento que completa el coger, el atender. Como ocurre con las palabras nacer y “desnacer”, que es como mi hija nombró al hecho de morir cuando tenía esa preciosa edad en la que las niñas y los niños usan la lógica del hablar con mucha gracia y talento y no sólo para hacer regulares las conjugaciones

de los verbos irregulares, sino para regalarnos otros sentidos de nuestra lengua.

Fue un tiempo precioso aquél en el que yo, aunque enseñaba a mi pequeña a usar correctamente el castellano, me reía y reflexionaba cuando oía de sus labios y de su intelecto cosas como, por ejemplo: vamos a acercarnos a la mesa para comer y, cuando acabemos, nos “desacercaremos”.

Me he despistado con este precioso recuerdo de mi hija entendiendo y atendiendo al hablar y a su poder, y también con la ternura y la magia que en mí se han despertado. O quizá no me he despistado tanto, pues de lo que se trata es de ver, con una mirada nueva, algo ya conocido. Es más, se trata de ver que, una mirada nueva, transforma lo conocido.

Vuelvo a mí y a la imagen de mí misma en la que no suelto mi peso sino que lo levo, lo alzo, pero para abajo: en un desmovimiento cuidadoso, casi sagrado. Un movimiento que concluye al depositar (al peso y también a mi gesto), con sumo cuidado, en el suelo.

Es algo más que soltar, es algo distinto del desapego.

Ese movimiento de vuelta es un deseo grande de venir, de nuevo, a este mundo, al que habitaba hace sólo un instante. Convocando con este nacimiento mío la posibilidad de dar a luz, a la vez, a este —corriente, conocido y precioso— mundo y a ese —nuevo y preñado— mundo que espera ser nacido a cada momento.

Porque ese otro no es un mundo que está fuera de éste, sino que se halla contenido y excediéndolo... Más acá... Más allá.

Un mundo que también está en mí.

Un mundo —¿apenas conocido o quizá resabiado?— que, de momento, intuyo y vislumbro y que espera de mí, y de otras y otros, poder ser nacido.

A veces me siento con ganas y con fuerzas para vivir y creo en el poder de las palabras y en la fuerza del deseo. Y sé que el

pensamiento y la acción se fecundan entre sí y que es entonces cuando nace algo nuevo o nace el cambio.

Otras veces sólo deseo que me toque la lotería. Es una ilusión (o sea una idea, algo no real) que me visita en ocasiones, cuando no veo otra salida... o cuando no tengo fuerzas para mirar hacia otro lugar.

Son momentos en los que focalizo sólo una posibilidad: la de que la solución está en no tener problemas económicos.

Ese ser salvada no por un príncipe azul, sino por el azar, sigue exigiendo que yo sea una (¿la?) escogida: un ser privilegiado que obtiene algo que no se ha ganado. Y de nuevo me doy cuenta de que soñar con la lotería es otra forma de no hacerme cargo de mí y de lo que a mí me toca. Pero también me doy cuenta de que, en la vida, se trata de apostar, de arriesgarse. No de arriesgar la vida, pero sí de arriesgarse a vivirla.

La apuesta está en sintonizar con la llamada del alma y en encontrar el lugar propio. Y en este momento, nuestro presente histórico, ni la escucha ni el encuentro son fáciles. Hay demasiado ruido y, lo que es peor, una gran epidemia: la del “sálvese quien pueda”.

Por momentos pienso que nos amenaza una locura colectiva: es entonces cuando me parece que vivimos de forma global el —y en el— hundimiento del Titanic.

Tanto codazo para subirse a una barca. La incompreensión de ver que, aunque en la barca hay sitio y que sigue cabiendo más gente, se justifican motivos y alegaciones para no dejarles subir en el nombre de un supuesto bien colectivo.

Y esa imagen se acompaña de la certeza de saber que una no se puede salvar a costa de dejar a nadie fuera.

Voy en el autobús y todo parece normal. Las niñas y los niños juegan en los parques, sus madres y algunos padres conversan mientras que, con el rabillo del ojo, siguen observando a sus criaturas:

sus juegos, sus risas y sus conflictos... sus posibles heridas y escapadas.

Las tiendas están abiertas y hay de todo en ellas y la gente lo compra y se sientan en las terrazas y cafeterías.

El autobús que he cogido ha llegado a su hora y hace las paradas que le corresponden.

El mundo parece funcionar con normalidad, pero, de pronto, un pequeño —o un gran— signo nos indica que estamos en una especie de guerra.

Algo profundo ha cambiado. No sólo por lo que cuentan los periódicos y los informativos que, si fueran escuchados por un extraterrestre, creería de verdad que estamos en guerra.

Se habla en términos dramáticos, casi como si estuviéramos en estado de excepción.

Y estamos en estado... preñadas y preñados de un deseo de nuevo mundo y de mundo nuevo.

Y es una excepción cuando alguien, de forma singular, se piensa y piensa el mundo de forma inocente —sin prejuicios— y lo hace, por ello y con ello, un mundo nuevo.

Algo, o mucho, ha cambiado en el mundo. Una de las cosas importantes que ha acaecido es que se ha encendido la luz, por lo que ahora es más fácil ver una parte de lo que estaba en las tinieblas.

Se ve con claridad lo que hasta hace poco no se veía, y no porque no estuviera, sino porque no había la luz, es decir el simbólico, o lo que es lo mismo "las palabras que dicen lo que las cosas son". Ahora tenemos esas palabras que nos permiten reconocer y nombrar.

Aumenta por momentos nuestra capacidad y nuestra libertad para decir del mundo y de su estado. Y también de nuestro estar en él y de nuestro deseo.

En la cola de la caja de ahorros escucho a dos trabajadores que hablan de lo mal que lo está haciendo el gobierno español con

los recortes. Luego uno le explica al otro sus planes y le anima a copiarlos: con tu edad, cincuenta y ocho años, puedes acogerte al plan de jubilaciones anticipadas y conseguir que te blinden la pensión. Sus elucubraciones me llevan a intentar encontrar una forma de acogerme al subsidio de desempleo ahora que parece que voy a quedarme no sin trabajo, pero sí sin sueldo. Los dos se ríen de su perspicacia en garantizarse algo más que un modo de salir a flote. Pero ¿a flote de qué? Si lo que se está hundiendo ya no nos salva.

Sus risas hacen que caiga en la cuenta de que en mí también residen deseos de hacer trampa.

¡Qué cantidad de creatividad ponemos al servicio de ésta!

Llegar al punto de pasarme de la raya, de pasar de trampear a hacer trampa, me incomoda y me devuelve medida.

Me incomoda porque me lleva a pensar en el sentido, en los sentidos, que tiene la culpa en nuestras vidas. El sentido necesario para restaurar un daño y el abuso que de ella se está haciendo para inmovilizar y para excusar la responsabilidad verdadera.

Me devuelve medida porque me reconecta con algunos de los regalos que la crisis global está trayendo. Uno de los más bellos que he recibido es el de, a pesar de sentir una gran incertidumbre, no sentir por ello inseguridad.

He descubierto que la certeza no la da la seguridad, sino la confianza.

En general, hablamos con bastante facilidad del mal de todo lo que en el mundo está pasando. No hay mudez y eso es muy importante, pero me pregunto ¿cómo abrir y abrírnos al conflicto —algo que es necesario hacer— sin quedarnos en ese lugar, rozando el abismo sin caer en él, que supone el ponerse solamente a criticar?

¿Cómo detener el ansia de decir lo que hay que hacer como si fuera una consigna colectiva?

¿Cómo caminar con, para y en ese futuro que es, a la vez, abierto e incierto? ¿Cómo mantener presente la felicidad y la esperanza de la obertura?

¿Cómo dejar que el miedo sea lo que realmente es: un acompañante necesario que nos cuida, que protege nuestro ser criatura viva? ¿Cómo dejar de verlo como a un enemigo? ¿Y cómo dejar de usarlo como excusa para ver en los otros al enemigo?

Los otros, esos que no son nosotros: no-s(omos)-otros.

Lo otro, eso que el yo no es. ¿O lo otro es quizá lo “no-yo” y por lo tanto un infinito para mí?

Salir del paradigma del ellos/nosotros, salir del yo/no yo. Dejar lugar en nuestro interior para que el infinito nos habite.

Que salga, como en el cuento de La reina de las nieves, el cristalito de mi ojo, y de mi corazón, y que la compasión sea guía: para con el mundo y para conmigo.

La crisis global permite, abandonado el culto a los tertulianos, decir lo que cada cual siente. Ha llegado el tiempo en el que todas y todos somos expertas, expertos. Lo somos por lo que hemos vivido, porque nos lo dice nuestra propia experiencia. Lo somos porque cada criatura viva puede devenir un regalo para el mundo.

Cada cual y, a la vez, como una gran criatura, estamos a un tiempo.

Acompañé a mi madre a la caja de ahorros a renovar los plazos de ese rinconcito para los “por si acaso” que, milagrosa e inexplicablemente, ha sabido ir recogiendo a lo largo de la mitad de su vida.

El gestor que nos atiende nos explica algo que no puedo creerme. Se trata de un “producto” de inversión, que es así como la llaman, con un vencimiento anual y un interés de más de seis por ciento. Un interés considerablemente más importante que el ofrecido por una libreta de ahorro simple, que está sobre el dos o tres por ciento.

Nos lo cuenta poniendo el énfasis en el poco riesgo que esta inversión conlleva de perder el dinero. También se emociona al invitarnos, de forma fácil e interesante (por lo de los intereses o réditos que ofrece), a convertirnos en especuladoras. Él parece considerar, tranquilamente, que todas y todos, incluida mi madre que es una mujer de setenta años que se ha pasado su vida haciendo malabares para llegar a fin de mes, debemos tener interés y ambición en hacer negocio a costa de que alguien pierda.

Entiendo lo que me está contando, pero se lo pregunto de nuevo porque no me cabe en la cabeza que se lo esté proponiendo a una persona con las circunstancias y la historia personal de mi madre.

Nos lo vuelve a contar: se trata de invertir el dinero en tres materias primas que, para esta campaña actual —parece que ha habido campañas anteriores con otros productos— son maíz, azúcar y café. El riesgo es que, si las materias primas suben de precio en el mundo, por encima de cinco por ciento anual, la entidad bancaria garantiza el tipo de interés pactado. Si las materias primas bajan de precio, o se mantienen, la entidad bancaria no garantiza el interés, sino solamente el depósito.

El asesor financiero apunta, con sonrisa de efecto, la coletilla: “Y todo el mundo sabe que las materias primas siempre suben, ¡y mucho!”

Le interpelo preguntándole si recuerda con quién está hablando: una mujer que ha trabajado duro a lo largo de toda su vida y que ha sabido encontrar la fórmula de multiplicar el pan. Le recuerdo la cantidad que percibe mensualmente mi madre de pensión y le invito a reflexionar sobre el sentido y las consecuencias que tiene desear que las materias primas suban de precio de forma considerablemente alta.

Él parece no darse cuenta de que, convocar la propia riqueza a costa de la pobreza ajena es un atentado grave contra el mundo porque lo arruina y lo mata de hambre. Parece vivir ajeno a la contradicción que nos presenta.

Yo estoy muy perpleja, pero también estoy segura de algo: el mundo no va bien si la propuesta es convocar energía para que suban los precios de los alimentos básicos que son los únicos a los que, con mucho esfuerzo y escasez, acceden millones de habitantes de este planeta.

Por ahí no vamos bien, no.

Hay quien dice, casi como en retahíla, que todo está cada día peor.

No considero que este tiempo sea peor, es más malo que los pasados. Insisto en creer que lo que ocurre es que ahora hay más luz y por eso vemos lo cutre, lo feo y lo malo del mundo con mucha más claridad.

Todo ello estaba, pero no se veía, o no tanto, o quizás es que no nos atrevíamos a decirlo. Quizá no nos atrevíamos por miedo al poder y, sobre todo, por el horror de descubrir, en nuestro propio seno, una parte de lo malo que cohabita en lo humano.

Ahora se ve que el emperador está desnudo. Es nuestra propia mirada la que le ha quitado el falso vestido y lo ha mostrado como es.

La condición para poderle ver es simple, pero implacable: se le puede ver siempre y cuando no se tema la propia desnudez, que es condición humana. Condición frágil y preciosa, pues sólo quien conoce su vulnerabilidad puede ser, de verdad, valiente.

Esta crisis está siendo juzgada y condenada por ser hija de una desmesura que es, a la vez, su delito y su condena.

“Hemos vivido por encima de nuestras posibilidades y ahora debemos pagarlo” es una sentencia y una consigna que circula para mal explicar, pues oculta más que dice, nuestros males actuales.

Vivir por encima de nuestras posibilidades no es un pecado cuando de lo que se trata es de ganar las Olimpiadas, pero sí lo es cuando alguien sueña, para sí y para sus hijas e hijos, un mundo más grande.

Esta crisis, como en realidad son las crisis, está siendo una oportunidad.

Una oportunidad para muchas y preciosas cosas que vendrán, mejor dicho, que están ya aquí.

Espero, deseo y confío que sepamos cuidarnos de que el poder no la use, o mejor dicho, no consiga su propósito: erradicar el deseo y la alegría de participar de la vida pública.

Pienso en la espléndida bióloga Lynn Margulys y en su preciosa manera de entender la vida. Su biología nos recuerda que no es la competitividad entre organismos que luchan por la necesidad de sobrevivir lo que mantiene viva la vida. Lynn Margulys nos muestra que es el amor, el deseo de coexistencia (hay sitio para mí, hay sitio para ti) lo que permite a los (micro)organismos superar y soportar las condiciones extremas que, a veces, se presentan.

El suyo es un modelo, es decir una guía, una propuesta, pero también una verificación que muestra y demuestra que la forma de vida que permite la vida en nuestro planeta no es la que está basada en la guerra, en la destrucción de lo otro, en la ley del más fuerte. Su teoría nos dice que la vida se crea y reside en el acogimiento de las diferencias y en el reconocimiento de la necesidad que toda criatura viva tiene de lo otro: la dependencia como condición y fuente de alegría y de dolor para el vivir.

Reconocimiento de la dependencia y de la necesidad de todo lo vivo.

Recordar que, en el centro, está la relación.

Los gobiernos europeos y los magnates del poder y, sobre todo, sus secuaces y adoradores, nos inoculan la culpa. La estrategia de culpar es perversa: desplaza la ambición desmesurada y la falta de decencia de quien con ello se justifica ante las propias personas que están/mos en situación cada vez más delicada —y en algunos casos— incluso precaria.

Desde el poder, y para su mantenimiento, se insiste en que la crisis ha ocurrido porque hemos vivido por encima de nuestras posibilidades. Es verdad que cuando se gasta más de lo que se ingresa se produce la bancarrota... eso es de puro y aplastante sentido común pero... hay muchas cosas que no me caben en la cabeza.

No me cabe en la cabeza cómo puede ser posible que un eurodiputado español diga, tranquilamente, que la quiebra del presupuesto público se ha debido a que las pensiones mínimas, las que cobran las personas con menos ingresos, han subido en los últimos años por encima del índice de precios al consumidor.

Y con eso justifican que ha sido devastador para las arcas públicas que las personas jubiladas de menor pensión (470 euros mensuales en 2007) hayan pasado a cobrar 550 en 2011.

Es escandaloso que eso lo diga, lo sostenga y lo abandere un eurodiputado. Alguien —que no es único, como un rey, sino que de su estatus hay muchos— que cobra, cada mes, un sueldo superior a los cinco mil euros, además de las dietas.

Este mismo eurodiputado ha sido uno de los que se han negado a aprobar la propuesta mediante la cual los eurodiputados debían dejar de usar la clase preferente en sus viajes a Bruselas y acomodarse en la clase turista.

Es un eurodiputado que defiende la comodidad de sus rodillas un par de horas a la semana por encima de la capacidad de miles de personas de tener una vida digna disponiendo de una pequeña cantidad de dinero mensualmente.

Es un escándalo, pero, aunque mi indignación y mi impotencia ante la injusticia son muy grandes, no quiero entrar al juego ni del sensacionalismo ni de la destrucción.

Me turba su indecencia, pero, sobre todo, me deja perpleja y desconcertada.

A pesar de estar siendo testigo de su desfachatez, a pesar de estar viendo, y corroborando, porque lo repite varias veces, que eso que me parece una pesadilla está ocurriendo, a pesar de todo ello, sigo sin poder procesarlo.

No me cabe en la cabeza. No me puedo creer que sea así.

Y sé que mi estado no es un signo de que me habita la inocencia. Seguir sin que me quepa en la cabeza es una manera, por mi parte, de señalar que lo que pasa es que me siento excedida por algo que también es humano: el mal.

Me pregunto qué hacer ante algo así y me viene otra imagen: la de una madre con delantal al estilo de algunas de las mujeres del cine realista italiano de los años cincuenta.

Una madre corpulenta, porque su cuerpo es espacio que se mueve.

En la imagen la madre se aleja, por un momento, de su cocina y deja suspendida la importancia del cuidado de la familia a través del alimento. Se va para seguir cuidando de la vida. Se va para buscar y para ordenar. Se va para volver, trayendo a casa a un hijo desmadrado.

Y esta madre entra, sin llamar, en el despacho de personajes de calaña semejante a la del eurodiputado. Y, cogiéndolo por una oreja, lo estira para llevarlo de vuelta a casa, al mismo tiempo que lo regaña con palabras contundentes: "¡Venga para casa, tontorrón! ¿No te da vergüenza portarte como te has portado?"

¿Tirones de orejas es lo que le hace falta al mundo?

¿Madres con delantales que, por un momento, dejan el cuidado del alimento del mundo para ir al despacho de sus hijos y devolverles orden y devolverlos al orden?

Adultos que, aunque ya no lo son, tampoco se comportan como niños, pues son algo mucho más grave y mucho peor que traviosos.

¡Porque no es una travesura jugar con la vida y provocar pobreza! ¡Porque no es al Monopoly a lo que se juega en Wall Street!

Y me pregunto: ¿tendrán estos individuos miedo al posible tirón de orejas, al castigo de la mamma?

¿Qué es ser castigado por la mamma?

¿La salida está en hacer que se sienta culpa por el mal que se ha infligido? ¿La solución está en que reciba su castigo: ser retirado del estatus conseguido en el mundo y ser humillado? ¿Que aprenda la lección y se disculpe y restaure el mal ocasionado?

Pero, ¿por qué hablo de la culpa si era algo de lo que teníamos que liberarnos?

La indecencia debería ser útil para cuidar la vida. Lo es, pero muchas veces es usada para —dando la vuelta a lo que las cosas son— justificar que se tiene razón y que no se está abusando, sino que se está mereciendo.

Portarse mal sale barato si el precio a pagar es acarrear con la culpa y punto. Por muy grande y pesada que sea. Pero no, no es eso.

La propuesta no es inocular culpa a quien no ha obrado bien, si se entiende por haberse portado mal simplemente no seguir las normas o la moral y salirse de la corriente.

Sentir la culpa al reconocer que una, uno, se ha salido del camino. Pero del camino verdadero, o verdaderamente importante: el de la obediencia al ser y del respeto al otro.

La culpa ayuda, también, a saber cuándo y en qué se ha lastimado. Saberlo y reconocerlo es un buen comienzo para pedir perdón y resarcir el daño...

Resarcir el daño... besar la herida.

Como besan las madres y las abuelas las rodillas de aquellos a los que aman cuando se las lastiman al caer.

¿Cómo se encuentra la medida entre defenderse y vengarse?

¿Cómo saber cuándo tengo que resarcir y cuándo tengo que distanciarme?

El problema al mirarse ante un espejo no está en envejecer sino en "enfearse".

Si el reflejo de lo que nos muestra el espejo nos disgusta, no siempre es porque no encontramos delante nuestro lo estereotipado como bello.

El disgusto mayor en la autoobservación tiene que ver con observar, en el rostro reflejado, algo no perdonable, culposo. Reconocer lo maligno que nos habita, incluso lo monstruoso.

Aunque lo monstruoso es, a veces, la única forma de encajar, ya que un monstruo es aquello que no cabe o aquello que cabe, pero a costa de parecer un "monstruo".

Es un precioso juego de significado descubrir que, entre las palabras mostrar y "monstrar" hay sólo una letra, la n, y todo un espacio que nos abisma.

Pero no quiero perderme. Quiero seguir indagando en esa parte que es, al mismo tiempo, estrategia usada por el poder para su mantenimiento y materia primera de nuestras entrañas: la culpa.

Si esa combinación tiene resonancia en nuestra vida, es porque nos habita una especie de "pecado original". Y no es que sea original porque esté en y desde nuestro propio origen, sino porque se origina en nuestro interior y se muestra como un decalage interno: entre mí y mí.

El pecado original no consiste tanto en estar en falta, sino en sentirse en ella.

Y la inocencia no es sólo no haber cometido falta, sino tampoco eludir la culpa y encararla, hacerse cargo de ella, dejarse atravesar por su mirada. Una mirada girada que posibilita que nos podamos volver a ver, de nuevo, del derecho...

O como Dios y nuestra madre, y su orden enseñado, mandan.

Y no por una obediencia ciega, por un “mandamiento de acatamiento”, sino por una (re)conexión con el propio origen, con el propio sentido y la necesidad de su cumplimiento que acompañan a cada vida.

ENTRE MÍ Y MÍ

Se hace imprescindible recordar, una y otra vez, que el desprecio es el origen del nazismo y que esa enfermedad del amor, o mejor dicho, de su falta, sólo se cura cultivando la confianza y disponiéndose a nuevos inicios.

Disponiéndonos a ser, a un tiempo, campo, labradoras y labradores, abono y semillas...

Seguir en la disposición de cultivar vida.

Pero yo sigo, internamente, insistiendo en querer que me toque la lotería.

Sigo queriendo una quimera: la de vivir sin trabajar.

Me asusta plantear ese deseo y me parece que no tengo derecho a hacerlo porque no soy de buena cuna. No soy una niña de papá y desearlo sería desordenar el mundo.

Me embarga una especie de superstición que detiene ese deseo mío de que me toque la lotería. Creo que convocarlo o pedirlo me maldecirá. Que el precio que se paga por querer vivir

sin trabajar es más alto que el que se ofrenda a través del propio trabajo.

Sí, ya sé que está todo eso de que trabajar en lo que nos gusta es un poco como vivir sin trabajar. Pero no es ése el hilo del que quiero tirar.

Lo que se me presenta recurrentemente con la posibilidad de que me toque la lotería, de ser tocada por ella, es una especie de solución mágica para que ocurra en mí algo imposible: desprenderme de la necesidad.

Y, a pesar de saber que eso no es posible, algo en mí insiste.

¿No quiero reconocer lo frágil que es el vivir humano y que la carencia nos trae la atadura, además del regalo, de la dependencia?

No querer acabar de reconocer algo así es un comportamiento infantil, casi una especie de rabieta que, como adulta, sé colocar en mi vida y, por tanto, no explico demasiado.

Pero los comportamientos infantiles también traen todo lo mágico inherente a esa edad: la creencia en el poder del deseo y del pensamiento.

Mi deseo es el de vivir sin el peso de lo que significa el dinero: mi madre sabe vivir así y también algunas religiosas. Y yo, que ando tonteando con la vía mística como un posible camino para transitar, me doy cuenta de que no es un verdadero camino de deseo, sino de necesidad... o una nueva ilusión.

La solución de la lotería tiene importantes ventajas: si me toca a mí, nadie sale perjudicado. A nadie le quitan nada para que yo lo tenga. Ha sido el azar, que quizá también escoge, pero que no te cobra nada a cambio, como sí lo hacen, por ejemplo, los amantes.

Un amante puede, quizá, llegar a adorarte, pero sólo con la intención de poseerte. Y ya conocemos el precio: pagar con una misma.

Sabiendo lo que sé de la vida y de las relaciones entre los hombres y las mujeres, siendo como soy una militante feminista, me pregunto: ¿cómo puede ser que la fantasía me lleve otra vez a pensar en un amante?

¿Me resulta más fácil pensar en esa dirección la relación entre los sexos?

Aunque me horroriza mi propia pregunta, no me parece desatinada o, por lo menos, descartable.

A menudo imaginamos que las experiencias femeninas y las experiencias masculinas son complementarias.

También las pensamos como iguales cuando imaginamos, por ejemplo, que más allá de hombres y mujeres, lo que somos, en realidad, es personas. O también nos vemos o explicamos como contrarios. Por ejemplo, cuando jugamos o nos perdemos en la guerra de los sexos y en la de tener la razón.

Pero no son iguales las experiencias femeninas y masculinas. Ni tampoco contrarias ni complementarias.

El empeño insistente en construir caminos paralelos de las experiencias masculina y femenina viene más de un deseo de coincidir, incluso de encajar, que no de algo real o verdadero.

Hay una gran disparidad entre los sexos que, aunque puede aportar riqueza y alegría cuando hay encuentro, está haciendo aumentar la ansiedad que provoca esta crisis general del momento.

La asimetría que hay entre la maternidad y la paternidad es mucho más que un dato que los sentidos muestran. En tiempos de políticas de igualdad entre los sexos, hay cosas que dejan de ser vistas como una realidad del mundo y pasan a ser un obstáculo. Un ejemplo: una mujer necesita de un hombre para ser madre. Más allá del encuentro entre dos células sexuales, y los genes que contienen y las energías que les acompañan, la mujer puede, o no,

convivir con ese hombre. Incluso le es posible, si quiere, escoger ni siquiera conocerle.

Un hombre necesita, para ser padre, no de una mujer sino de una madre. Necesita de alguien que acoja y consienta. Que haga sitio y, a su tiempo, se abra.

Hoy algunos hombres se han saltado, o han pretendido hacerlo, esa necesidad. Han optado por pagar a una mujer a cambio de alquilarle su vientre.

No sé bien porqué, pero pensar en esto me lleva a recordar la película *Blancanieves*, en la que la madrastra es interpretada por una espléndida Julia Roberts.

Extremada y magníficamente caprichosa, la compensan y se compensa con antojos y demandas cada vez más extraños, incluso crueles, hasta que todo se vuelve patético. Los demás personajes del cuento parecen felices comiendo perdices: el príncipe, los enanos, el rey, el pueblo y los pajarillos del bosque.

La madrastra no puede ser feliz. Dicen que es porque la corroe la envidia. Quizá sea verdad que la causa de su desasosiego es la envidia y, para conjurarla, es bueno que haga cuentas con el miedo a que otra mujer (más joven aquí, pero otras veces también más vieja) ocupe el propio lugar.

Pero el dolor verdadero de la madrastra, más allá del producido por la envidia, es que es elegida para ser usada. Se le ofrece una buena vida, económicamente hablando, a cambio de ser una madre que no es madre. A cambio de vivir una vida no fecunda.

Pienso en la dificultad —que también está— respecto a la relación entre mujeres. Al pensar en esa dificultad en relación con la diferencia de edad entre mujeres, pienso en C y en escribirle sobre

lo que le comenté de mi miedo ante la belleza de mi hija. Ante posibles consecuencias...

Pero empiezo por otro texto: más fácil, más pequeño, quizá pasado de moda o sin sentido ahora, pero que siento como pendiente.

Sentir que algo está pendiente, sentir que se debe hacer algo antes de hacer lo que se tiene que hacer es otra forma, estupenda, de entretenerse.

Un entretener no es en el sentido de tener/entre, sino en el sentido de no tener, porque lo dejamos escurrir como a las anguilas.

Pero no, no todo es tan taxativo, y perder el tiempo no siempre es perderlo.

Dicen que las anguilas no se pueden coger con la mano porque se resbalan, pero yo cogí una. ¿La pude coger porque no sabía que no pueden cogerse con las manos?

Escribir me lleva a un estado un poco parecido a la locura: de abertura, sí, pero también de desdoblamiento; cada idea serpentea en mi pensamiento piando por ser alimentada, ansiosa y sin poder salir del nido porque aún no sabe volar, con el pico abierto. Ver hambre en otro puede despertarnos caridad, pero también nos violenta.

Escribo este texto y el otro texto que tengo pendiente de escribir para C. Escribo un cuento sobre el incesto y otro sobre el nacimiento. Balanceo mi energía entre mostrar lo precioso y nombrar para que sea impensable lo cutre de la realidad que me rodea.

Lo que sí he comprobado es que tengo que escribir para alguien, no importa si es una/o o si son muchas/muchos. No importa si luego lo doy o no a leer.

También, y más allá del obvio deseo de decir y de la necesidad de que algo clama por ser dicho, escribo para no volverme loca

cuando el desconcierto o la perplejidad se presentan con la fuerza de un tsunami.

Hoy la escritura me hace estar muy excitada. En el intento de calmarme me recuerdo la distinción entre la excitación y el deseo.

En el deseo hay un movimiento de dentro hacia fuera que se complace en la preparación, la realización y su recuerdo. Y que obedece al ser.

La excitación se convoca en mi interior provocada por algo externo. Me recorre una energía que me hace sentir muy viva, pero que pide, por caridad, ser calmada en su vorágine.

Hoy me ha parecido que la excitación es como el agua que rompe a hervir: tiene mucha energía y la mágica fuerza de la alquimia, la capacidad de transformar algo, burdo o no digerible, en otra cosa: un tesoro o un manjar. Pero para que ello se dé hay que saber cuándo echar la pasta, conocer y controlar la cocción para que ni se queme el alimento ni se desborde el agua y apague, así, el propio fuego.

También hay que sostener la espera y confiar en saber cuándo será el momento, cuándo se está al dente: suficientemente tierno, pero no pastoso. Sabroso.

Otras veces la excitación me recuerda la salida de agua del wc o una riada: mucha agua y mucho ruido, todo de golpe. Útil para limpiar, pero... ¿Qué queda?

Qué quedará de mí no es sólo una pregunta vanidosa o existencial, es también una responsabilidad: ¿qué vas a hacer con tu vida, Núria?

Cuando me pongo seria conmigo misma me hablo en tercera persona, como si yo fuera yo y también fuera una otra: a la vez la misma y diferenciadas.

La que hace y dice. La que ve. A la que le dicen... El encuentro entre mí y mí y el deseo de dar fruto.

¿Qué queda después de una gran riada?

Hace ahora cincuenta años hubo una, terrible, en los alrededores de la ciudad de Barcelona. Murieron muchas personas. Muchísimas otras perdieron sus casas (chabolas autoconstruidas en las cercanías de los ríos, pero no sólo ellas).

Ni el gobierno del país ni los gobernantes locales estuvieron no sólo a la altura, simplemente no estuvieron. La desgracia ajena despertó la compasión y el deseo de ayuda en miles de personas anónimas que ofrecieron comida, cobijo, compañía, rezos, consuelo, dinero... presencia.

El amor y también el miedo a la posibilidad de que recaiga sobre una misma una desgracia grande nos moviliza. Es duro y precioso saber que nada del mundo nos es ajeno.

Nací en una ciudad mediterránea que, como tal, regala unas primaveras y unos otoños preciosos y cargados de lo, aunque increíble, posible.

Puede una estar bañándose en el mar una mañana de noviembre.

Puede ocurrir que amanezca veraniego y caluroso un día de marzo o de abril y, por la tarde, nos regale el cielo con dejarse caer en forma de nevad(it)a.

Cuando escribo me vienen, además de ideas, también miedo.

Escribir tiene consecuencias: no sólo en relación con el morbo de que quien lea se pregunte si lo que la autora escribe es autobiografía.

También hay miedo por las consecuencias, por lo que produce, o puede producir en los demás lo que escribimos. Miedo al juicio, miedo a dudar ante la posibilidad de que nos arrepintamos de algo que

ya está publicado... porque hemos mostrado un secreto íntimo, porque nos hemos comprometido a una obra...

¿Por eso se usó, durante mucho tiempo, la escritura solamente para registrar y se dejó la narración oral para transmitir?

¿Por eso estoy detenida en mi escritura?

¿Cómo salir del soliloquio? ¿Cómo romper el círculo vicioso y llegar al virtuoso, al fluir, que es también la escritura?

Alimentar ese deseo, morboso a veces, de conocer los detalles, de saber de la fragilidad, de la falta de la otra, del otro. Alimentarlo sin empacharlo.

Presentarse de verdad y, a la vez, protegerse.

Hablar desde sí, pero no de sí como propone la escritura de María Zambrano. Deshincharse de la vanidad de creerse el centro del mundo. Sabiendo, a la vez, vivir la vida desde el propio centro.

Leer es necesario, seguro. Es fuente de placer y de vida. Pero también uso la lectura, y la relectura, como un refugio, pero no para descansar y posteriormente seguir, sino para no continuar.

Seguir tiene que ver con estar en movimiento. Cuando doy vueltas alrededor de algo, también me muevo, como se mueven los tigres cuando están en una jaula, pero es un movimiento compulsivo. Sin más destino que el de no quedarse quieta, parada.

He estado detenida durante mucho tiempo. No es que estuviera parada, ni quieta, era que estaba detenida. Algo me detiene todavía aunque toda yo estoy preparada para nacer a un movimiento. Rectifico: casi toda, pues creo que lo que me detiene también es algo que soy yo. Algo que me conforma.

¿Me forma con? ¿O me conforma en el sentido de quitarme las fuerzas y los motivos para defenderme, para luchar por mi deseo?

Mi deseo. ¿Qué cosa es ahora eso?

Siempre supe —¿o fue que planifiqué?— lo que quería.

¿Será que ahora no quiero nada? Juego con la idea, y la vanidad que la acompaña, de creer que he llegado al estado de desapego. Pero no es así, la propia vanidad me lo señala.

¿Será que no sé lo que quiero? ¿Será que no me atrevo a desear lo que de verdad deseo? ¿Es todo este juego un nuevo entretenimiento?

Me pica la cabeza y me rasco con fruición. Luego me miro entre las uñas y me acuerdo de Ereskihal, la diosa oscura.

Ella atravesó siete puertas y fue despojándose de su ropa, de sus joyas, de sus criados, de sus perfumes... Llegó hasta lo más hondo y fue sacrificada y su piel y sus carnes hechos jirones.

Pudo salir de allí, del inframundo, porque se valió de algo muy humilde, más bien cutre, pero muy propio: la suciedad de las uñas y la cera del interior de las orejas. Eso y la fidelidad de sus criados la devolvió a la vida y a su ser señora en el juego. Eso y su deseo de verdad.

Los picores en mi cuero cabelludo no son producidos por un herpes, como temía, pero tengo un eccema. Aunque me asusta la radicalidad de la bajada a los infiernos de Ereskihal, siento deseos de despojarme. Creo que me permitirá ver, un poco más, quién soy.

Hay deseo de autenticidad, de autodescubrimiento.

Quiero y necesito de algo nuevo. Quiero y necesito despojarme de algo de mí.

La vida da, pero hay que pagar la prenda.

Arrasar es una forma de preparar la tierra para una nueva cosecha. El vacío que supone el barbecho custodia nuevos nacimientos.

Arrasar con algo que duele: cortar por lo sano. Como un ritual que tiene su parte de petición y de convocación del deseo. Que también tiene su parte de entrega, de ofrenda, de sacrificio.

CUIDAR LA VIDA

Haciendo de la rotura una apertura.

Trasformando el corte en la puerta en un nuevo nacimiento.

Dejándome...

Dejarse. Dejar-se.

Dejar al ser.

Dejar ser.

Dejar ser al ser.

Dejar al ser, ser.

Ser de las que se dejan.

A veces lo decido, otras no me queda más remedio que “dejarme”.

Decido, o me rindo, a que se haga en mí lo que tenga que ser hecho.

Siempre he sido de las que se dejan. “Ésta es de las que se dejan” era un comentario negativo contra el ser y, sobre todo, el parecer una buena chica. No era conveniente oír eso de una, no había que ganarse esa fama. O quizá sí. Aquel era un limitado contexto en el que “dejarse” significaba que eras una chica fácil, disponible, pero para los chicos. Ese “dejarse” estaba limitado a lo que interesa a buena parte de los adolescentes, o no tanto, varones.

Ahora sé que “ser de las que se dejan” es una propuesta política.

Me gustaría mucho que el mundo sea capaz de entender que esa manera mía de hacer es una opción que va mucho más allá de mi relación con los hombres y con el hecho de ser tocada o penetrada por ellos o por su energía.

Dejarse es acoger lo que hay ante mí, abrirme a la posibilidad de transformarme ante el encuentro con lo otro, con lo que no soy yo.

Dejarse es dejarse fecundar por un deseo que no gratifica sólo al que lo propone, sino que se ofrece al mundo.

Abierta, aunque temblando, a nuevos nacimientos. Sabiendo que un parto es algo milagroso, desconocido, peligroso, bello... A veces fácil y otras difícil, pero siempre verdadero. Recordando que, aunque una puede escoger no parir, no siempre decide sus propios embarazos.

Me dejo guiar por las imágenes. Un poco a ciegas, sin conocer el destino. Vislumbrando una tenue luz, un poco o un mucho de esperanza.

Por primera vez en mi vida no es ni mi deseo ni la necesidad lo que me guían. Sino imágenes extrañas y la esperanza.

Imágenes que ordenan el mundo: un buen trabajo para cuidar de mi hija y que no le falte nada.

Y la infanta Helena cediendo su palacete de Pedralbes a las mujeres de Barcelona, para que nunca, nunca, nos falte una casa. Y, con ese gesto, dar una disculpa y la reparación por los abusos y la indecencia infligida por la empresa que dirigía con su marido.

Que disculpemos las ofensas. Que reparemos los daños.

Decir, y también que nos digan, cuando estamos viviendo a codazos.

¿Por qué insistir en la creencia de que no hay sitio para todos?

Esa imagen de la ofrenda que la Infanta hace de su propia casa es un buen final al agravio que está recibiendo el mundo.

Pero no es un final lo que necesitamos, sino un comienzo. Aunque a menudo yo me siento cansada, muy cansada. Quiero descansar y siento que la derrota puede llegar a ser como un bálsamo.

Quizá lo que me canse sea, justamente, pensar en un nuevo comienzo. Necesito un camino no trillado, pero fácil. Sí, fácil.

O que me vuelvan las fuerzas. Recuperar las fuerzas para seguir.

Conocer la fuerza necesaria para esperar y para saber por dónde seguir.

¿Es necesario saber si es necesario saber que alguien espera?

Y si es así, ¿quién me espera? ¿qué se espera de mí?

¿Me espero yo?, ¿me espera la vida?, ¿me espera Dios?...

¿Me quedo a la espera de la vida —o de Dios— o es la vida o Dios quienes me/nos esperan?

Mientras tanto, en el vivir hay un poco de todo lo que trae el vivir: cuidado, reflexión, negativa, detenimiento.

Detenerse es pararse, pero detenerse también tiene que ver con el detenimiento.

Detenerse no es sólo inmovilidad, sino apertura a una pausa que invita a contemplar la obra o la vida y cuidar los detalles de las dos.

Detenerme para no seguir viviendo empujada y requerida por lo último. Detenerme para no desbordarme por el hecho de ser requerida.

Detenerme para conectar con lo que soy y con lo que tiene que ser hecho por mí.

¿DESEO DE FINAL?

A veces tengo deseos de que todo “esto” acabe. Desear que “todo” acabe es demasiado ambicioso y, por ello, nada útil y muy paralizante.

Desear que “todo” acabe también nos conecta con pensar en la propia muerte y en el propio poder para convocarla.

Una gran confusión que oculta y muestra un gran deseo: el deseo de orden, de que las cosas se sucedan de forma natural, volver a conocer y conectar con el movimiento interno verdadero.

Dice Carmen Martín Gaité que los finales no importan, que lo importante son los buenos principios. No sé si los finales no cuentan, pero sí sé que se cuentan. Y que, al parecer por necesidad y no sólo por gusto a la literatura, los recreamos exquisita y concisamente.

Tengo deseo de un final feliz, pero en la vida, a diferencia de lo que ocurre en los cuentos, no sé si de lo que se trata es de desear el final o de estar a la altura del propio presente.

Quizá no sea nuestro cometido preocuparse por el acabar, quizá lo importante es empezar las cosas siempre por su principio, multiplicando las promesas de nuevos y renovados comienzos.

Por eso, más que un final, quiero traer y proyectar imágenes de felicidad.

La salida, mi deseo de acabar “bien” este relato, tiene que ver con el cuidado del mundo. Con saber que estoy, que estamos, participando de un acontecimiento histórico. Que estoy, estamos, viva —vivo, vivas, vivos— y que habitamos el mundo.

Y también sé que estar viva significa estar, a cada instante, naciendo y haciendo nacer el mundo.

Deseo de final, ¿es esto un deseo?

Buscaba un final feliz... pero qué digo, no es un final lo que el mundo necesita, sino un renovado comienzo. Tengo suerte porque, cuando a menudo desfallezco, una hada me regala ánimo, o un ánimo me recuerda a una de las muchas hadas que conozco:

Un vislumbre de eternidad se filtra siempre en mis pequeñas acciones y percepciones cotidianas. No estoy sola en mi cansancio, enfermedad, tristeza o miedo, sino que estoy junto a millones de personas, de tantos siglos. Esto también forma parte de la vida que es aún más

bella y rica de significado en su absurdidad, si se hace sitio para todo y se la siente como una unidad indivisible.

Dice Ety Hillesum en la página 143 de su Diario.

Inicios nuevos que son, a un tiempo, ancestrales: como el agradecer, admirar y celebrar la vida.

Como el recordar que las palabras son puentes por los que circular cuando hay que atravesar las corrientes de la vida. La vida circulando, fluyendo.

Buscando el fluir, el dejarse llevar... cuidando de no ser arrastrada.

Las hadas, a veces vestidas de brujas —¿o será al revés, que son las brujas las que van vestidas de hadas?—, se engalanan para recordarme la fortuna de tener amigas, la presencia (como disponibilidad en el ahora y también como regalo) que supone para mí y para mi vida el hecho de contar con mi vecina...

El volver, desde el juego, a hacer circular el deseo.

Descubrir cuándo moverse hacia el cambio o con él, y cuándo aceptar que las cosas son como son.

Como cuando una envejece. Envejecer no implica sólo un aceptar lo que incomoda o los nuevos límites. Hay también —quizá, sobre todo, por la riqueza que conlleva— un redescubrirse y un descubrirse.

Descubrirse porque una se presenta —como regalo, como momento temporal— a sí, siempre de nuevo: descubrirse porque nos quitamos el sombrero ante la maravilla de lo vivo y del mundo. Pero con un conocimiento distinto al que tuvimos cuando fuimos niñas. Ojalá conservando, de aquel momento, algo precioso: que

es posible que al descubrir, al vivir y al maravillarse se acceda de forma ligera, como en un juego.

Cuando me pierdo en el vivir, llamo a la puerta de enfrente y hablo con mi vecina. O, mejor dicho, espero que ella me hable.

Ella sabe decirme lo que está bien y lo que está mal. Ella también sabe decirme que todo está bien.

Somos, la una de la otra, maestras y discípulas. Somos, la una para la otra, un lugar donde volver a coger fuerzas para ser lugar en el mundo.

Mi vecina dice que lo peor de esta crisis económica es que los llamados intelectuales digan que la nuestra es la peor generación de todos los tiempos.

Ella dice que es terrible que digan que los jóvenes no tienen futuro.

Ella sabe que el futuro se recrea a medida que se cree en él.

Crear y creer son dos verbos distintos que comparten la primera persona del singular del presente de indicativo: YO CREO.

Decir que es la peor generación de jóvenes les condena a serlo.

Sentir la propia desnudez, aunque provoca miedo, es guía para encontrar porque señala la necesidad y el deseo.

La verdadera apuesta que nuestro tiempo necesita es la de atravesar el miedo y encontrar el medio.

M-I-E-D-O M-E-D-I-O

Dos palabras que contienen las mismas letras, como un espejo la una frente al abismo de la otra. Mirar en ese espejo que es lo otro (lo otro ante mí, lo otro en mi interior) y no salir corriendo.

Atravesar la petrificación, la rigidez que nos produce el miedo ante la presencia de eso otro, de la alteridad, cuando ésta nos altera.

Es necesario mirar cuando las cosas van mal, que es cuando no hay que salir corriendo.

Son tiempos de pruebas duras, quizá sea verdad que estamos en guerra.

El poder insiste en presentarnos a lo otro como enemigo: a quien tiene trabajo lo enfrenta con el que no tiene, al de un color de piel o una lengua contra su distinto...

No hay que esperar del poder que no haga lo que sabe hacer y le conviene. Hay, eso sí, que desenmascarar ese perverso juego y que ya no tenga crédito en el mundo para explicar y justificar las propias miserias: las desgracias de la vida y la parte miserable de cada existencia.

Las dos cosas están y, por ello, hay que izarlas, sostenerlas hacia arriba.

Lo negativo, la dificultad y la carencia son detonantes para descubrir y descubrir-nos ante la vida. Buscando la palanca donde apoyarnos para desplegar lo nuevo y lo bueno que este tiempo también conlleva.

Es necesario un amor para vivir, es necesario tener algo que sea tanto o más importante que la propia vida. Si falta el deseo, si falta un sueño que desplegar, si no hay algo que llene el alma, algo que colme y que haga que valga la pena vivir, si faltan las ganas de encontrar o de convocar eso que espera ser nacido, se corre el peligro de caer —e instalarse— en el agujero fangoso y oscuro de la depresión.

Y cuando la falla está en la confianza en la vida, se hace necesario recuperar el movimiento espontáneo y la dirección. Sin olvidarse de las raíces.

Es verdad que se hace camino al andar. Lo compruebo cuando, a pesar de no saber hacia dónde ir ni de tener fuerzas para desplazarme, apuesto por ponerme en movimiento. Entonces disfruto del camino y de su descubrimiento. La alegría inunda mis piernas y pies al recordarme su —mi— fuerza.

Y esa sensación provoca que vuelva a confiar en que seré capaz de encontrar la dirección, que me guiará mi ser cuerpo.

Dicen que eso es el camino de Santiago: sentir que el deseo de caminar se despierta al ponerse en movimiento. Es al andar cuando se hace camino, lo anterior, que también es necesario y está bien, es proyecto.

Pero cuando no hay deseo —ni deseo de desear—, es como si no hubiera vida. Está bien no precipitarse. Es bueno, y necesario, esperar a que una semilla germine y florezca, y no crecerá una planta porque la reguemos de impaciencia.

Está bien confiar en que lo que la vida (o Dios) nos traiga estará bien.

Pero a veces hay que ir al encuentro. Hay que salir a buscar lo que una anda buscando, o (re)buscar-nos las ganas de seguir buscando.

Y en la búsqueda y en el deseo, lo más importante no es el ni el hecho de conseguirlo ni el encuentro, que no siempre se dan, sino la aventura que supone predisponerse a que el deseo nos guíe o la búsqueda se viva como placer, como necesidad y como reto.

No tener las cosas claras puede ser vivido con riqueza por la posibilidad de apertura a nuevos mundos que nos ofrece. Pero hay veces en que sentimos la desorientación como una falla, como algo que nos falta y no como el pasaje a un nuevo universo.

Jugar al escondite —y al pilla-pilla— con la espera y con la acción. Hace apenas unos años no me podía estar quieta. Ahora, en cambio, ¡me cuesta tanto moverme!

Y así, encerrada en el capullo sin saber, aún, si seré o no mariposa, me acuerdo de mi abuela, que fue una mujer balconera.

Todas las tardes, un ratito, atendía y entendía el mundo desde el balcón de su casa. No sólo observando, sino viajando a través de sus ojos. Y yo sabía, porque me lo decía su mirada, que andaba muy y muy lejos.

Puestas las cartas sobre la mesa, podemos estallar de risa para hacer estallar este falso mundo que se obstina en mantenerse a costa de destruirnos.

Vivir con detenimiento sin estar detenida.

Vivir.

Vivir con y desde la vida. Vivir con y desde el deseo.

Apostando en el juego de la vida. Disfrutando del juego. No temer a nuestro deseo de ganar.

Renunciar al “hacer ver” y pasar al “que se vea”.

Ser señoras del juego, con entrega y con protagonismo.

Sentirse recompensada, satisfecha, exitosa, reconocida...

No temer a la fama ni a la reputación.

Recordando que el movimiento nos protege de la melancolía.

Cuidándonos muy bien de no poner el propio exceso en el orden, en la limpieza. Pues si es el ansia la que nos mueve a que todo esté en su lugar, se corre el peligro de morirse porque nada vivo puede estarse mucho tiempo quieto.

Erradicar de los mapas que mi sufrimiento es un lugar para mi anhelo de protagonismo.

Disfrutar de la diferencia, de las relaciones de diferencia.

Esperándolo todo, o sea, esperando lo esperable y lo no esperable.

Ir nombrándolo para, con nuestra voz y palabra, ir haciéndole sitio.

Ganar tiempo / No perder tiempo / No tener tiempo.

Tener tiempo / No aprovechar el tiempo / Perder el tiempo.

Preguntarle al silencio y preguntarle al ruido.

Preguntar y esperar respuesta.

Preguntar y esperar que conteste el silencio.

Preguntar y esperar que conteste el ruido.

Saber manejarse con lo que hay —estando y también saliendo de allí con señoría— y salvando la tristeza que provoca oír esa frase cada vez más recurrida: no podemos hacer nada porque esto es lo que hay.

Poner a danzar la simplicidad y la grandeza. Lo común y lo único. Eso que la criatura humana es.

Recordar que el aburrimiento es un gran enemigo del alma y que el perfeccionismo es estéril.

No hacer trampa y no preocuparse de no hacer trampa.

Y usar la lengua...

Usar la lengua como lo que es: esa precisa, preciosa y potente capacidad de nombrar el mundo y, con ello, ordenarlo.

Usar la lengua para pronunciar lo, aún, no posible, haciendo así advenir su nacimiento.

Las palabras juegan y sufren, danzan y se contorsionan al re-crear, pronunciando y anunciando, un mundo gestado en nuestro interior, nacido del amor, de la ambición de ser, de la desesperación y del deseo.

Y, ¿por qué no?, usar la lengua para sacarla.

Para burlarse de algo cuando haya que hacerlo. No aceptar la seriedad de un mundo aburrido que se muere por contener su propio aburrimiento.

También usar la lengua, sacándola, para recordar que este órgano nuestro tiene una capacidad que no tiene ningún otro: la de poder salir de nuestro ser cuerpo para expresar lo que hay dentro, ya sea dulce, salado o agrio. Y luego volver adentro... a seguir indagando, a seguir conociendo... a seguir paladeando.

Volver al interior de esa perla que cada criatura humana es.

Recordando que una perla es algo precioso que ha nacido en y de las entrañas. Una perla es algo que, nacido como nimio, como burdo incluso, tiene la capacidad de convertirse en una joya, en un tesoro.

Y la verdadera riqueza de poseer un tesoro está en encontrar la forma para, a la vez, custodiarlo y compartirlo.